

ceras vías de Europa), desarrollado en el Instituto Católico de Estudios Sociales, con prohibición de coloquios, pero con un abanico de conferenciantes que hubiera puesto los pelos de punta hace un año. Anton Canyellas, destacado portavoz de una democracia cristiana que hoy por hoy poco tiene que ver con la de Eduardo Frei o Martín Artajo; Josep Solé Barberá, un abogado de juicios políticos sobradamente conocido y presentado por la prensa de la ciudad como antiguo fundador del PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya); Joseph Pallach, un hombre con amplio historial de lucha y exilio, uno de los curiosos detenidos en aquella curiosa reunión ilegal de Madrid, tan curiosamente interrumpida; Joan Raventós, líder de un socialismo democrático aborígen, especialmente sensible al problema de las distintas nacionalidades hispánicas; Ramón Trias Fargas, del que ya he hablado y al que, por cierto, se le buscan las cosquillas por una conferencia reciente que dio en Girona, y, finalmente, Pujol, con una conferencia detonante: «La respuesta democrática».

Si a esto se añade la conferencia que ha dado Roca Junyent por otro conducto, en la que ha dicho: «No hay por qué quejarse de lo que los comunistas portugueses han hecho: esto no debería sorprender a nadie. Lo grave es que la oposición democrática presentaba el veinticinco de abril una total falta de organización e impregnación. (...) La democracia debe ganarse y conservarse, empezando la lucha cuando aún no se tiene. Y trabajar quiere decir hacer política, integrarse en partidos políticos que quieran hacer una política democrática», cualquier lector podrá comprender que se está jugando fuerte. No es un azar que esta partida se dé sobre el tablero catalán. Pujol ha dado, en parte,

la clave del juego: «Cataluña estaría hoy en condiciones de ser el terreno propicio para una organización política democrática europea». Solé Barberá ha completado la clave en su conferencia sobre el tema del «compromiso histórico» italiano, en la que explicó por qué y para qué se debe contar con los comunistas en la Europa de hoy, y por qué y para qué los comunistas han de ayudar a reconstruir la democracia en la Europa de hoy.

EN LA PUNTA DE UNA HERMOSA Y PELIGROSA EMPRESA

Los PNN siguen en la punta de una lanza reivindicativa. Mantienen una larga huelga de dos meses en demanda de un Estatuto que aclare y racionalice su prestación de trabajo, sometido al avatar de la renovación anual, con un sueldo que responde al poder adquisitivo de 1968. Las entidades y personalidades más representativas del país ya han suscrito el apoyo a la convocatoria del Congreso de la Cultura Catalana. Estapé ha propuesto a Joan Miró y Pierre Vilar para el título de doctores «honoris causa» de la Universidad de Barcelona. Pero estos datos serían insuficientes si nos los respaldáramos con otros que hablan de una rápida y extensa concienciación obrera, de una profunda concienciación de los vecinos de la ciudad con los problemas de su entorno. Julián Ariza, compañero de Camacho en anteriores encarcelamientos, estuvo entre nosotros, y declaró a Huertas Clavería que el nivel reivindicativo de la clase obrera de Cataluña había forzado a que hasta la Organización Sindical oficial tuviera un talante más «comprensivo» en Barcelona que en el resto de las Españas.

■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

SILLA DE PISTA

La cena de Ridruejo

Uno de los oradores que tomaron la palabra en la cena que el martes se ofreció a Dionisio Ridruejo dijo que lo que se estaba haciendo era «un homenaje a cuarenta años de conducta política». El homenaje a Dionisio del día 15 tuvo dos partes, y tan política fue la presentación literaria, que tuvo lugar por la tarde en la librería El Brocense, como literaria había de ser la cena política, celebrada después en el hotel Mindanao. Nos movimos los asistentes a los dos actos entre la literatura y la política, y no pudimos saber exactamente a qué carta quedarnos. Era, en el fondo, una consecuencia de la doble vertiente de la personalidad de Ridruejo.

El acto de El Brocense estaba anunciado para las ocho, y muchos llegamos a la librería un poquito tarde. Según me dijeron, Camilo José Cela, que presentaba el segun-

do volumen de la «Guía de Castilla la Vieja» de Ridruejo, se empeñó en dar una lección de puntualidad a los madrileños aparcados en doble fila, y exigió comenzar a las ocho en punto. Dionisio, más humano, y el editor Vergés consiguieron, al parecer, convencerle de que empezara cinco minutos más tarde. En la sala grande de El Brocense, atestada de gente, Cela leyó unas cuartillas de presentación de la «Guía...». Aludió a su autor diciendo que «España lo trató con malos humores de madrastra», y habló de «la Castilla abandonada por la desidia y esquilma por el mesianismo», que era el tema del libro de Ridruejo. «Libro preciso —añadió— para el entendimiento de esa Castilla a la que los periféricos pedimos, cuando quiere darlo, humildad y elegancia».

No conozco todavía la segunda parte de esta «Guía de Castilla la Vieja» que el otro día fue presenta-

Los Contemporáneos

«Un hombre que hacía mucho tiempo que no veía al señor K. le saludó con estas palabras: 'No ha cambiado usted nada'. ¡Oh!, exclamó el señor K., empalideciendo». Dionisio Ridruejo no empalidece como el personaje de Brecht (en "Historias

de Almanaque», Alianza Editorial). Ha cambiado mucho. Cambió cuando nadie, todavía, cambiaba. Sufrió por ello. No tiene nada de común con los mutantes teratológicos de nuestros días, con los payasos del circo nacional —en el que él ha sido, en todo caso, "el que recibe las bofetadas", como el personaje de Andreiev—, con la picaresca de los furables. Pienso si será porque hay una columna vertebral que no le ha cambiado nunca: la de la honestidad. La misma honestidad que le llevó —entonces— a una política, le lleva —ahora— a otra (prescindamos de la noción de error; no soy capaz de decir si Dionisio Ridruejo está o no, ahora, en un error: lo que importa es su entereza).

Quizá en el mundo se esté volviendo, poco a poco —siglo a siglo—, a reconciliar la honestidad y la ética con la política. Las dos nociones se distanciaron, más o menos, hacia el Renacimiento. Ocurrió entonces que trató de conciliarse un mundo antiguo que se deshacía con unas experiencias y unas especulaciones nuevas que se afirmaban. El mundo —entonces, Europa— se pobló de contradicciones. Vivimos todavía en esa era, agudizada por los efectos de la sociedad industrial, de la llamada revolución científico-técnica: una acumulación de descubrimientos y de conocimientos que las clases poderosas no supieron, o no quisieron nunca, asimilar ni aceptar. Ya Adam Smith se dio cuenta de que había una enorme distancia entre lo que se sabía y cómo se vivía, y de la

relatividad de las verdades. Cuando Dionisio Ridruejo dice —el martes de la semana pasada, en Madrid—, que "todo es penúltimo, revisable y circunstancial", levanta los ecos de aquel Adam Smith de antes de su adulteración por el liberalismo conservador.

LOS PENULTIMOS

El Renacimiento quiso conservar las estructuras del mundo antiguo, al mismo tiempo que se aprovechaba —o que no sabía poner diques; las Inquisiciones, ya se vio, no lo fueron— de lo que se comenzaba a saber. La política borró de sus reglas la ética, y comenzó a producirse una serie de gobernantes, a partir de los príncipes italianos —que ha llegado, intacta, hasta cualquier Nixon de nuestros días—, astutos, mixtificadores, hipócritas: los temibles listos. Personajes como Metternich o como Fouché han pasado a la Historia como héroes: gracias a sus trampas, engaños, a la corrupción del lenguaje y, claro, del pensamiento.

Se olfatea apenas, ahora, la entrada —todavía distante— en una era de política ética. Parece como si el mundo estuviera decidido a cerrar la era abierta con el Renacimiento, que no se ha clausurado con la denominación de Edad Moderna para los años que siguieron.

Por eso conforta cuando, de vez en vez, entre los listorros y los astutos, entre los histriotes del cambio, o los que adoptan la palabra como emblema para que todo siga igual, la aparición de la honestidad y de la sinceridad en un político. Tenga o no razón en lo que propone, en lo que aspira. Por extraño que parezca, esta cuestión de tener o no razón importa menos que abordar las situaciones desde el punto de vista de la ética, que es la que fuerza a saber, hoy, que no hay nada último ni definitivo: que todo es revisable, circunstancial. Y que todos somos penúltimos. ■

POZUELO